

SOBRE LA DIFICULTAD QUE SUPONE CONFESARSE

A GREGORIO, QUE SUFRE CADA VEZ QUE SE ACERCA AL CONFESONARIO.

Querido Gregorio:

Más de una vez me has comentado el sufrimiento que te produce el ir a confesarte. Comprendes muy bien a los que se justifican diciendo que ellos prefieren confesarse con Dios solamente sin tener que pasar por el encuentro con el sacerdote.

Me has preguntado muchas cosas: ¿No es Dios el que perdona? ¿Por qué tenemos que decir los pecados al confesor? ¿No nos puede perdonar Dios de otra manera menos complicada? ¿Es que ya no vale lo que hemos visto en alguna ocasión, que el sacerdote perdona a todos a la vez sin tener que pasar por el confesonario?...

Son muchas preguntas, Gregorio, y es mejor que vayamos dando pasos pequeños.

El 10 de febrero de 2016, el Papa Francisco presidió en el Vaticano la Santa Misa con el rito de la imposición de las Cenizas y envió de los Misioneros de la Misericordia. Inauguraba así el tiempo de Cuaresma.

En la homilía de la misa, con la invitación de que todos volvamos la mirada al Dios compasivo y misericordioso, reconoció las dificultades que todos tenemos para acercarnos al sacramento de la penitencia. Luego dio algunos consejos para que superemos la dificultad que nos impide confesarnos como la Iglesia nos pide.

Como se trata de una respuesta concreta a vuestras propias dificultades, os resumo algunos párrafos de su enseñanza. Sin duda os aclarará bastante.

1 – La debilidad del pecador

“La palabra de Dios al inicio del camino cuaresmal dirige a la Iglesia y a cada uno de nosotros dos invitaciones. La primera es aquella de San Pablo: “Déjense reconciliar con Dios”, no es simplemente un buen consejo paterno y mucho menos una sugerencia. Es una verdadera y propia súplica en nombre de Cristo: “Les suplicamos en nombre de Cristo: déjense reconciliar con Dios”. ¿Por qué un llamamiento así tan solemne y apasionado?

Porque Cristo sabe cuán frágiles y pecadores somos. Conoce la debilidad de nuestro corazón, lo ve herido por el mal que hemos cometido y sufrido, sabe cuánta necesidad tenemos del perdón, sabe que es necesario que nos sintamos amados para realizar el bien. Solos no podemos hacerlo, por esto el apóstol no nos dice que “hagamos cualquier cosa”, sino que nos dejemos reconciliar con Dios, permitirle que nos perdone con confianza porque Dios es más grande que nuestro corazón. Él vence el pecado y nos levanta de la miseria si nos confiamos a él. Está en nosotros reconocernos necesitados de misericordia: es el primer paso del camino del cristiano; se trata de entrar a través de la puerta abierta, que es Cristo, donde él nos espera, el salvador y nos ofrece una vida nueva y alegre”.

2 – Obstáculos que tratan de esconder nuestra debilidad

“Puede haber algunos obstáculos que cierran las puertas del corazón: está la tentación de blindar las puertas, o sea de convivir con el propio pecado, minimizándolo, justificándonos siempre, pensando que no somos peores que los demás, y de esta manera se bloquea la cerradura del alma y permanecemos encerrados en nosotros mismos, prisioneros del mal.

Otro obstáculo es la vergüenza de abrir la puerta secreta del corazón. La vergüenza, en realidad, es un buen síntoma porque indica que queremos cortar con el mal. Sin embargo, no debe jamás transformarse en temor o miedo.

Y existe una tercera insidia: aquella de alejarnos de la puerta. Sucede cuando nos escondemos en nuestras miserias. Cuando rumiamos continuamente relacionando entre ellas las cosas negativas hasta el punto de hundirnos en el sótano más oscuro del alma. Entonces nos convertimos en familiares de la tristeza que no queremos, nos acobardamos y somos débiles frente a las tentaciones. Esto sucede porque permanecemos solos en nosotros mismos, cerrándonos y huyendo de la luz. Solamente la gracia del Señor nos libera. Dejémonos entonces reconciliar escuchando a Jesús, que dice a quien está cansado y oprimido: “Vengan a mí”. No permanecer en sí mismo sino ir hacia él. Ahí existe la Paz y el descanso”.

3 – La misión de los confesores

“En esta celebración están presentes los Misioneros de la Misericordia para recibir el mandato de ser signos e instrumentos del perdón de Dios. Queridos hermanos, pueden ayudar a abrir las puertas del corazón y superar la vergüenza y no huir de la luz. Que sus manos bendigan y levanten a los hermanos y a las hermanas con paternidad. Que a través de ustedes la mirada y las manos del Padre se posen sobre sus hijos y les curen las heridas”.

4 – Invitación de volver con confianza al amor de Dios

“Hay una segunda invitación de Dios que dice por medio del profeta Joel: “Vuelvan a mí con todo el corazón”. Es necesario regresar porque nos hemos alejado. Es el misterio del pecado. Nos hemos alejado de Dios, de los demás y de nosotros mismos. No es difícil darse cuenta. Todos sabemos cómo fatigamos para confiar verdaderamente en Dios. Confiar en él como Padre, sin miedo. Es arduo amar a los demás, pero no lo es pensar mal de ellos. Cómo nos cuesta hacer el bien verdadero, mientras que somos atraídos y seducidos por tantas realidades materiales, que finalmente desaparecen dejándonos pobres. Junto a esta historia de pecado Jesús ha inaugurado una historia de Salvación”.

5 – Tres remedios contra el pecado

“El Evangelio que abre la Cuaresma nos invita a ser protagonistas abrazando tres remedios, tres medicinas que curan del pecado.

En primer lugar la oración, expresión de apertura y de confianza en el Señor. Es el encuentro personal con Él, que reduce las distancias creadas por el pecado. Rezar significa decir: “no soy autosuficiente, tengo necesidad de Ti. Tú eres mi vida y mi salvación”.

En segundo lugar la caridad para superar lo extrañez en relación a los demás. El amor verdadero de hecho, no es un acto exterior, no es dar algo en modo paternalista para calmar la conciencia, sino aceptar a quien tiene necesidad de nuestro tiempo, de nuestra amistad, de nuestra ayuda. Es vivir el servicio, venciendo la tentación de complacerse.

En tercer lugar, el ayuno la penitencia para liberarnos de las dependencias en relación de aquello que pasa y ejercitarnos para ser más sensibles y misericordiosos. Es una invitación a la simplicidad y al compartir, quitar algo de nuestra mesa y de nuestros bienes para reencontrar el bien verdadero de la libertad”.

Como resumen, te invito a releer la parábola del joven rico, o mejor llamada del padre misericordioso. Ahí verás la necesidad que tuvo el hijo de pedir perdón a su padre y, también verás el gozo del hijo al escuchar cómo su padre le perdonaba. Ese encuentro es fundamental, necesario para nuestra naturaleza humana. Hemos de pensar, más que en lo que nos cuesta, la conveniencia de cumplir la voluntad de Jesús que fue el que mandó a sus discípulos que fueran por el mundo perdonando los pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amigo Gregorio, pido por ti y espero tu decisión confiada a la hora de irte a confesar.

“Espera en el Señor, se valiente, ten ánimo, espera en el Señor” (Sal 27, 14).

Un abrazo

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 2 de febrero de 2017